C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 63-66 Enero-abril 1962

COLABORAN.—Ciro Alegría, Willis Barnstone, Eduardo Carranza, Juan Cervera-Sanchíz, Carmen Conde, Luis Cuesta Villanueva, Yanette Délétang-Tardif, Antonio García Copado, Clara Janés, Cristina Lacasa, Stéphane Mallarmé, Jorge Manrique, Salustiano Masó, Carlos Murciano, Antonio Navarrete, Manuel Padorno, Leopoldo Panero, Mercedes Prat, Pedro Rodríguez Pacheco, Mariano Roldán, Solimán Salom, Ángel Santiago, José M.ª Souvirón, Concha Zardoya.

"Telón de Ágora" por Medardo Fraile. "Notas Críticas" de Manuel Mantero, Julia Uceda y Joaquín Caro Romero.

SUMARIO

Páginas

ESPERANZA Y RECUERDO, *José M.ª Souvirón.* 3
COMO EN LOS PERROS, *Leopoldo Panero* 5
REQUIÉN POR EL DR. LUIS CALANDRE, *Carmen Conde* 6
EL EXTRANJERO, *Eduardo Carranza* 8
CARNAVAL, *Concha Zardoya* 10
SIEMPRE QUE MIRAS, *Mariano Roldán* 12
SOY VUESTRA VOZ, *Cristina Lacasa* 13
DESDE LA SOMBRA LLEGA, *Carlos Murciano* 14
EN CADA ESQUINA, *Clara Janés* 16
HIJA, *Mercedes Prat* 17
LA FIERA, *Solimán Salom* 18
NOCTURNO, *Antonio Navarrete* 19
EL HERMANO Francisco, *Salustiano Masó* 20
LEOPOLDO PANERO (facsímil) 22
Fotografía 23
AL MAR DE DIEPPE, *Ángel Santiago* 24
Pasan a nuestra lengua la extranjera (LOPE DE VEGA):
SIGÜENZA, *Willis Barnstone* 26
SONETO, *Stéphane Mallarmé* 27
POEMAS, *Yanette Délétang-Tardif* 28
MUERTE DEL CABO CHEO LÓPEZ (cuento), *Ciro Alegría* 30
...Y escucho con mis ojos a los muertos (QUEVEDO):
DOS CANCIONES DE JORGE MANRIQUE 32
HACE BUEN CORAZÓN, *Manuel Padorno* 34
MORIR ES NECESARIO, *Pedro R. Pacheco* 35
ELEGÍA DEL REGRESO, *Antonio García Copado.* 36
LA SUBASTA, *Luis Cuesta Villanueva* 38
DÍMELO TÚ, *Juan Cervera Sanchíz* 40
TELÓN DE ÁGORA, *Medardo Fraile* .....
CRÍTICA DE LIBROS, *Manuel Mantero, Julia Uceda y Joaquín Caro Romero* .....

Toda la correspondencia a

CONCHA LAGOS

José Antonio, 31 - Madrid
Teléfs. 247 06 83 y 222 89 70

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 63-66 Enero-abril 1962

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO
Subdirector: MEDARDO FRAILE

CONSEJO DE REDACCION

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS

Depósito legal: M. 3170.—1958.

GRÁFICAS ORBE, S. L.—Padilla, 82.

ESPERANZA Y RECUERDO

Escribo de mi amigo Leopoldo Panero en mi Málaga, a tres metros de la orilla del mar, de noche y con luna llena. Junto a mí se alza una pared blanca y rugosa en la que hay colgada una maceta de jazmines. Huele a sal, a roca mojada, a mariscos, a flor. No sé explicarme cómo estoy yo aquí, escribiendo, oliendo, mirando, sin que esté también Leopoldo. Si yo creyera que la muerte es la muerte, no podría escribir ahora, ni mirar. Más que recogerme, me encogería en este aire abierto, y nada de esto me importaría, y todo me daría una enorme, aplastadora tristeza sin remedio, porque mi buen amigo ya "no era", y todo lo demás tampoco sería nada. Pero yo no creo en la muerte-muerte, sino en la muerte-vida, y si he conocido alguien capaz y digno de vivir para siempre, ése ha sido mi amigo Leopoldo Panero. Está vivo, lo sé. Aunque ahora nos falte a cuantos (¡y cuántos!) le queríamos, su ausencia es sólo una espera, una esperanza. Está vivo. Lo lloramos porque vive y no lo vemos. Si no viviera y si no fuéramos a verle nunca más, sobraría el llanto. Seríamos aún menos que estas piedras en las que se rompen mansamente las olas donde está rielando la luna. Pero estas piedras esperan también, todo está esperando, esperándole, como él nos espera a nosotros. Me parece estar oyendo su voz, que, identificada con la Resurrección de los hombres en Cristo, repite las palabras: "Ahora padecéis tristeza, pero yo volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie podrá quitaros ya este gozo."

Aquella voz suya, poderosa de confianza y de certeza. Obrero de palabras creadoras y estimulantes, consejero seguro, "amigo de sus amigos, maestro de esforzados y valientes", hombre poeta, lleno de calor cordial y de verdad. Poco significan las palabras ante esta conjunción de recuerdos y esperanzas. Habría que inventarlas, es decir, darles su significado primordial, puro, intacto, como él sabía hacerlo.

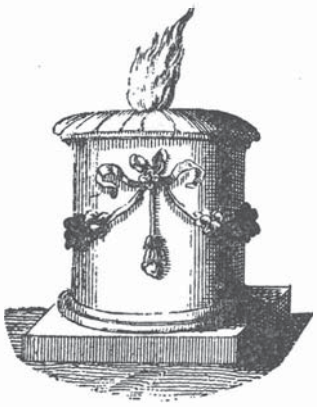
Leopoldo se ha ido para alimentarnos la esperanza. Se ha ido cuando todo nos hacía creer que no podía alejarse de nosotros, los que le necesitábamos.

En mi "Carta a Eduardo Carranza" (que tanto echará de menos, allá lejos en su paisaje colombiano, la presencia de Leopoldo) en ese poema escrito también desde esta orilla mediterránea que ahora me acompaña, dejé, entre algunos versos que decían vida, vida abierta como esta que hoy todavía me rodea, unas líneas pensativas de la muerte; palabras que podrían ajustarse como a ninguna otra, a la muerte en plenitud, inespe-

rada, inverosímil, y por ello mismo más luminosa de esperanza, que le ha llegado a Leopoldo:

Olvidarme quisiera de la muerte
pero ¿sería la vida lo que es
sin la muerte? Seguramente no.
Todo importa. Al nacer nos regalaron
esta capacidad para gastarla.
¡Caer, amigo, el día de la muerte
como un fruto maduro que ha esperado
la hora de plenitud exacta y bella,
la hora justa de ser fruto completo
para soltarse de la rama!...

Málaga, 13 de septiembre de 1962.



JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN

COMO EN LOS PERROS

◆◆◆COMO en los perros,
tocados por su amo,
vaga todo lo amigo de la tierra,
así quisiera mi palabra:
simple,
parada en las pupilas,
y con errantes sílabas de niño.

Improvisar el mundo,
y todo lo diáfano del mundo,
con la fecha encontrada en el rocío
y con el tibio soplo de la mano...

Porque lo que vale es lo real
escrito con el vaho de lo real,
y con el poso aéreo
del corazón que late llamado por su dueño,
leve,
muy levemente,
oh poema.

Astorga, 27 de agosto de 1962.

(Este poema fué escrito por Leopoldo Panero en la mañana del día de su muerte. En las páginas centrales lo reproducimos autógrafo. Lo debemos y agradacemos a la atención de su hijo Juan Luis y de su amigo el poeta Luis Rosales.)

LEOPOLDO PANERO

REQUIEM POR EL DR. LUIS CALANDRE

(† 29-IX-61)

NI campanas ni yunques: corazones en duelo
perdiendo a su pastor, también de los espíritus.
¡Cuánto paciente amor, qué inteligente y lúcida
su medicina humana completando la docta!

Se llegaba ante él con una gruesa carga
de oscuros sobresaltos o de tenaz asfixia,
para dejar la orilla de una mar acuciante
y acceder a la luz de una esperanza cierta.

Era un hombre sencillo, siendo complejo y vario;
era parco en decir, conteniendo pasiones;
tuvo nobles silencios y suaves palabras
porque señoreaba su sangre, sometida.

Siempre entregó su ayuda, su consuelo, su dádiva.
Jamás escatimó ni su propia existencia.
Estaba cierto o no; dudaba o no creía,
¡y él era tan seguro como sólo la fe!

Integro, invariable, acogedor y puro,
trabajando en la incierta criatura de los pechos.
Tierna sabiduría, amansada ternura,
para calmar el áspero batallar que nos mueve.

Palabra sopesada para no herir a nadie
(y un torrente domado de pasión consecuente).
En los ojos la llama de inteligencia aguda,
y en los labios sonrisa disculpadora, leve...

Pesara el tiempo o no, permanecía en su sitio;
supo perseverar inmutable y salvado,

en tantos años duros de los que bien se saben
el valor de la vida con dignidad en la frente.

Igual que nos vivió—con discreta armonía—
se nos quiso alejar, impidiéndonos verle
ya su rostro postrero, ya su sonrisa última...
San Miguel el Arcángel ayudóle en su tránsito.

En sus manos besé, cuando la muerte estaba
devorando tenaz su ancho gesto de amigo,
lo mejor que se puede besar en unas manos:
la arrogancia del hombre que nunca quiso nada.

Nadie eleve la voz para llorarle, nadie
diga largos discursos acerca de su muerte.
Era un claro varón mediterráneo, un médico
del corazón y el alma, nuestro Doctor Calandre.

Madrid, 4 de octubre de 1961.



CARMEN CONDE

EL EXTRANJERO

ME asomo a este recuerdo desde fuera,
como uno que llega de lejos
después de muchos años a su antigua casa
y sube la calle andando casi con el corazón
y casi furtivo en la noche
se acerca a la ventana iluminada
y mira desde fuera lo suyo, tan ajeno,
mira lo conocido, tan lejano.

Los dos que están allí dentro
como alelados, como escuchándose mutuamente el corazón
no pueden verme desde la estancia iluminada
porque es de noche y está oscuro
en las calles de la pequeña ciudad antigua.
Y los dos son ya transparentes.
Pero se sabe que ligeramente inclinados
escuchan una mutua melodía.
Y ella sonríe como prolongando la luna.

El fuego está encendido y todo está en suspenso.
Las cosas esperan algo inminente al otro instante.
Y callan como recordando
algo que acaba de pasar ha mucho tiempo.
Hay un perfume.
Mi frente toca el cristal
y mi rostro se deshace y confunde con el pasado, el futuro,
con los dos seres transparentes,
con el fuego, con el libro entreabierto.
En los rincones se agrupan las palabras
como a veces en los nostálgicos poemas
y brillan los besos apenumbrados,
levemente cubiertos de tiempo y de silencio.

Me asomo a este recuerdo
alzándome en puntillas sobre el corazón.
Oh Dios clemente, dime
si el fantasma soy yo en la noche oscura
o lo es el de la estancia iluminada.



EDUARDO CARRANZA

CARNAVAL

Homenaje a José Gutiérrez-Solana.

RIADA tenebrosa por las calles
precipita sus lodos engañosos,
las secretas pasiones reveladas
en la sima sin freno de estas horas.

Amenazantes nubes en los quicios
derriban sus colores ya no puros
y manchan las aceras con su sangre
que sube a las ventanas dando gritos.

¡Ay! Terribles mujeres con cencerros
e infernales sartenes en las manos,
con bastones alzados, se desbocan
en antiguo tropel de Furias ígneas.

Una máscara dulce, sensitiva,
de pronto, ingenuamente, se sonríe.
Va vagando sin prisa, leve, clara.
(¿Va buscando el amor? ¿Lo lleva dentro?)

Alegre azul, después. Un nacarado
rosa irrumpe en la verde marejada.
Un viento de blancura enarbola
su nieve, su pureza, entre las turbas.

Blusas negras, detrás, cetrinas faldas,
delantales de sombra, densos, tétricos,
amarillos sombreros, hopalandas,
a la fúnebre danzan se convidan.

Procaces rostros matan a los ángeles.
Salaz mirada gris destruye y quema
a un rubio adolescente enmascarado.
Pintados ojos fingen hermosura.

Una cara porcina se adelanta,
roja, aviesa y voraz, en la farándula.
Desde un palo, la Muerte va asustando
a los niños con mueca de dos huesos.

La Destrucción, el Hambre, sepulcrales,
cabalgan en escobas despeinadas.
Beodos antifaces vino sordo
beben y, taciturnos, bailan, bailan.

Su mascarón pasea un viejo sátiro,
sin pámpanos ni tirso, desolado.
Bacantes cascabeles bufonean:
¡los payasos de cal dan grandes saltos!

Celestinas histéricas, siguiéndoles,
croan, graznan, aúllan, corvos picos.
Alguaciles, bigardos, colombinas,
en un todo promiscuo hacen ronda.

Yo miro, desde mí, hacia la calle...
¿Estas desnudas máscaras confiesan
lo que ayer ocultaban a mis ojos?
¿El revés de sus almas ha emergido?

¿Las pasiones secretas, disfrazándose,
trascienden o trasnacen en un guiño?
¿Los dentros surgen, alzan sus verdades,
a la luz de este día, sin engaño?

¿Sueños buenos o malos configuran
su ser en estos blancos antifaces,
en caretas absurdas y grotescas?
¿Los extraños anhelos se transforman?

Un arlequín, en rosa y en azul,
presagia el alba pura de mañana.
¡Alma alegre en la luz! ¡Que no se esconda
en el triste disfraz de cada día!

CONCHA ZARDOYA

SIEMPRE QUE MIRAS

SIEMPRE que miras hacia el mundo
y te sorprende su avidez,
su poderosa mansedumbre
al movimiento sideral,
siempre te olvidas de la muerte
tal de un viscoso, oscuro pez,
sólo entrevisto por tu sueño
en las mareas del dolor.

Pero ¿la muerte está presente?
(Mira, esa hoja va a caer.)
Pero ¿la muerte no te olvida?
(Entre la roca, humilde flor.)

¡Oh sencillez de lo presente,
glorioso ser de lo que es,
vida inmediata, plena sangre
del corazón universal!

Pero ¿la noche no se acerca?
(Recanta el mirlo, brilla el sol.)
Pero ¿el dolor del pensamiento?
(Una muchacha empieza a amar.)

¡Pura delicia de los ojos,
inmediatez del contemplar,
oh mundo hermoso, tierra madre,
principio y fin de nuestro ser,
libre eclosión de la alegría
en el oficio de mirar!

MARIANO ROLDÁN

SOY VUESTRA VOZ

AHORA canto por vosotros.
Tengo la boca para todos dispuesta.
Decid vosotros a través de mi saliva
qué hambre de frutos os desborda.
Tomad mi lengua y haced la señal de la cruz
bendiciendo la varia sed en que os sufro
y os denuncio y os amo.

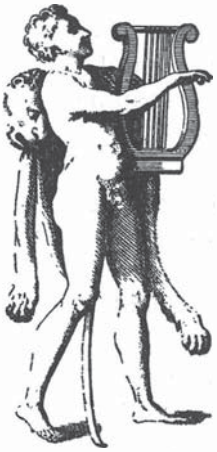
Cantad conmigo.
Las bermejas canciones del que arranca
tantas mordazas a las cosas;
las lívidas canciones
del prisionero; las clavadas
notas de su albedrío.
Cantad, que mi instrumento es tanto río
como piedra de lápida. Cantad,
que irá muy lejos la tonada vuestra
y grabará su olivo o su bandera
de guerra
por esta tinta en sangre.
Habrá después quien diga: Alguien
me precedió, alguien me supo.
Alguien estuvo aquí vadeando estas piedras
o segando sonrisas a la aurora.

CRISTINA LACASA

DESDE LA SOMBRA LLEGA

DESDE la sombra llega
el rumor del silencio,
la palabra no dicha,
el inefable pálpito.
Un niño canta, vive
una música nueva,
como un himno remoto
que nadie le enseñara.
Pero su voz es débil
(pero su voz no existe)
y así no salva el muro
por el que se desliza,
imposible, la hiedra.
Enero ladra y gime
a la puerta. Conmueve
su cabeza de perro
sin mano y sin cadena,
su hocico blando y húmedo
tocando los cristales.
Una ventana cruje
y se entreabre. Entra
por ella la mañana
lluviosa y se estremecen
los muebles y los sueños.
Un niño canta, cruza
los altos corredores,
las paredes sin tiempo
acaricia, las cosas
familiares recorre
con sus dedos. Y canta.
Pero su voz no existe.

Y un vaho de silencio,
corpóreo, perdura,
mientras la niebla invade,
próxima, la distancia,
el presente pretérito.



CARLOS MURCIANO

EN CADA ESQUINA

EN cada esquina hay un niño que llora.
Su mano va pidiendo
—yo no sé lo que pide—.

En cada esquina se derrumba la luz.
¡Cómo se precipita
en su loca carrera
aquel cuerpo brillante!,
dejando en cada esquina
ese niño que llora.

—Yo no sé lo que pide—
con la mano desnuda,
con los ojos oscuros
donde se ve el espanto.

Al volver la mañana
estará todavía
con su mano extendida
ese niño que pide.

—Yo no sé lo que pide—

CLARA JANÉS

HIJA

A Mercedes Llobet de Riviere.

SAVIA de mis pétalos marchitos.
Luz de mi sangre revivida.
Nube o ala
cabalgando
por el horizonte de mis ilusiones.
¿Te he visto?
¿No te he visto?
¿Has estado?
¿Qué has sido?
¿Una oliva azul?
¿Un pájaro de aire?
Tuve una herida.
Mi deseo de ti era una herida.
Y ahora
—esto es el espanto—
la herida ha cicatrizado
y junto a ella
hay una lágrima de mármol.

MERCEDES DE PRAT

LA FIERA

TENDIDO sobre el vientre, masticando cizaña,
el matador del tiempo sueña.
Es el anciano de una ciudad lacustre.
¿Y quién se atrevería a contradecirle?

Es el déspota que se ensaña con las imágenes,
las lacera. Y la sangre de la noche
resbala sobre sus brazos.
Y con ella, el ogro emborrona su propio rostro
y rumia, feliz, al escuchar el gorgoteo de su vientre

Tiene miradas terribles,
ojos hechos con rayos, dientes de acero.
Pero sueña, pobre desdichado
con sus dos pies cogidos en la trampa.

Sueña con el mundo que ha creído bello
y no le muestra más que podredumbre;
con todo lo que cree al alcance de sus manos
y se le vuelve espejismo;
con la vida que sigue a pesar de todo
y los féretros que manos como las suyas
cierran y clavan a lo largo del día.

SOLIMÁN SALOM

NOCTURNO

EL hombre se sentó delante de la mesa:
había partido en dos aquella estrella en celo
al abrir el cristal de su ventana,
cuando el cárdeno intenso de la noche
perfilaba los montes y los sueños.

Azul era ya todo. El humo del tabaco
apenas empañaba las ramas del recuerdo,
porque un mundo conciso, transparente,
era promesa y vidrio por el aire.

En caballos y ranas pensó el hombre,
en naranjas, mujeres y esquilones:
iba inventando, con las piernas cruzadas,
tactos de pedernal junto a la luna.

Después, se levantó. Andaba por la calle
el fantasma de un perro, el grito de un borracho.

Al cerrar la ventana le devolvió a la noche
el temblor y la arista de su estrella.

ANTONIO NAVARRETE

EL HERMANO FRANCISCO

Y me senté a esperar en medio de este mundo
un jueves por la tarde a las cinco y veinticinco
a que pasara Dios a ver si respondía
a mis tontas preguntas de hombre introvertido.
Porque veréis, a veces tiendo a ponerme trágico.
Suele ocurrir por culpa de la tensión o cuando
me salpica de barro el coche de algún muerto.

Y me senté a esperar como se sienta un náufrago
o como cazador turbiamente al acecho.

Siempre tuve una fuerte inclinación innata
hacia la majestad impávida y sin alma
de las cumbres. No supo disminuirme a tiempo.

Con harina de estrellas hice mi pan amargo
(el médico seguía mandándome inyecciones,
jamón de York, ternera y un siglo de descanso.
y a fin de cuentas siempre tiene razón el médico,
no se puede vivir sólo de niebla, mas
¿quién no tuvo su lírica tentación del desierto?)

Y me senté a esperar un jueves por la tarde
y era todo tan grande que me tapaba el alma.

Aquel profeta dijo que Dios es de basalto
y no está traducido a un idioma de insectos.

Y yo—trágico imbécil—todavía intentaba
dar vueltas al enigma, mirar por el revés
hoja por hoja el vuelo del torvo calendario.

Y siempre era lo mismo: «La solución, mañana.»
Dieron las doce el viernes y seguía esperando.

Y entonces, ya cansado de tanta y tanta historia,
con la mirada estrábica de atalayar estrellas,
empecé a andar despacio por una senda mínima
que si mal no recuerdo no va a ninguna parte.

Todo cambió de pronto: era yo el que pasaba.
Aprendió la esperanza a caminar conmigo.
Dormí en un banco público mi borrachera cósmica
y la lombriz de tierra me dictó su mensaje.

El sábado a las nueve, ya suelto como un pájaro,
entendí la parábola de la aguja y el hilo
y entre las más menudas florecillas del musgo
creí ver la sonrisa del hermano Francisco.

Hacia las dieciocho y cuarenta minutos
llegó a mi alma el tren con que juegan los niños.
Y allí, echado en el suelo, sucio de tinta y polvo,
le estaba dando cuerda el hermano Francisco.

Tocaron retirada entre las nebulosas.
Envainó el Can Mayor su tremendo colmillo.
Y allí, con el sereno y con aquella chica
de la vida, rezaba el hermano Francisco.

Hasta que fué la hora de dar la mano al sol
y de sin más preguntas fiarse de un amigo.
El hermano Francisco respondía del mundo
y por el mundo. Entonces miré la hora: exacta-
mente las veinticinco en punto del domingo.

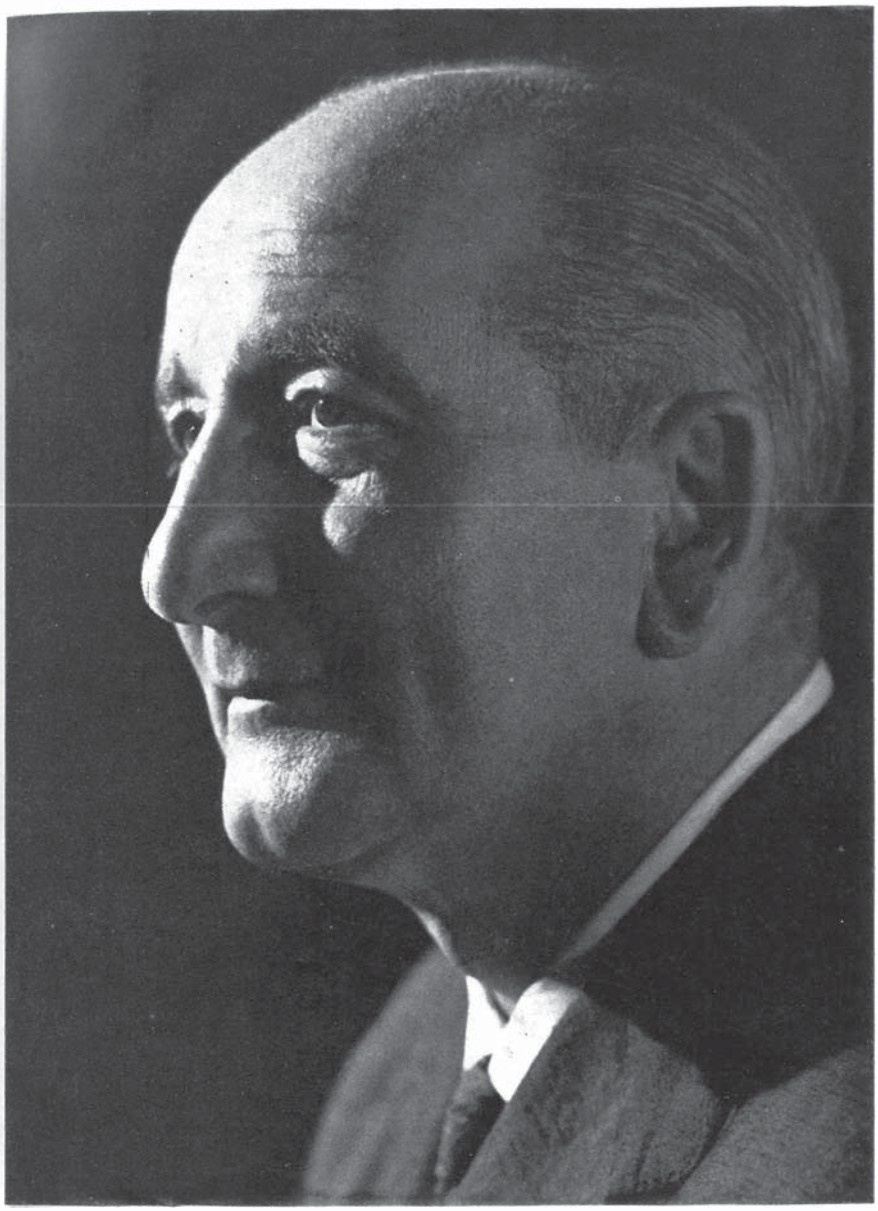
SALUSTIANO MASÓ

Como en los perros

y con el vago soplo de la mano

... Como en los perros,
tocados por su amo,
vaga todo lo amigo de la tierra,
así quisiera yo en mi palabra
improvisar el mundo,
y todo lo diáfano del mundo.

Como en los perros,
parada en las pupilas,
tibia y con sílabas de niño
así quisiera, sencillamente, mi palabra.
cualquiera
Porque lo que vale es lo real
escrito con el vaho de lo real,
y con la hecha encontrada en el rocío,
y con el poso aéreo,
y con las alas
del corazón que late tocado por su amo,
leve,
muy levemente,
oh poema.



(Foto Lagos.)

LEOPOLDO PANERO

EL MAR DE DIEPPE

Ante el mar de la Mancha, un recuerdo para Giovanna Franzetti.

EN Dieppe no tuve miedo al mar aunque era grande,
como el cielo de un dios hecho de hierro;
allí nos encontramos el mar y yo una tarde
y acaricié sus olas bañándome en su cuerpo.
El mar en Dieppe limita con la playa
y una curva de rocas; mar adentro,
donde se pierde el límite y los peces
el mar de Dieppe limita con el cielo.
No duerme el mar su borrachera de agua,
es un dios de sí mismo bajo el viento;
yo fuí de madrugada a despertarle
y el mar en Dieppe estaba ya despierto.
Un volcán de serpientes apretadas
parece el mar de Dieppe, como unos pechos
se levantan sus olas para morder la calma
de un silencio que busca otro silencio.
Yo me quedé en sus muelles limitado al avance,
teniendo el mar de cara cerca y lejos,
descansaban mis ojos horizontales de agua
y era el agua una masa sin objetos
en Dieppe, donde esperaba el mar cada mañana
la partida de un barco, el desconsuelo
de ese ofrecer su vientre sin abrirse
porque en el mar no existen agujeros.
De costa a costa el mar pierde su fuerza,
un latido de peces en el centro
alborota sus aguas desde el fondo
donde la vida habita un cementerio.
El mar de Dieppe se pierde como un bosque
sin caminos de asfalto ni de hierro,
gigantesca montaña boca abajo,
un terremoto de agua en movimiento.

El mar empuja con sus pies de espuma
la barriga quebrada del Continente quieto;
y así regresa el mar sobre sí mismo, rechazado,
fugaz, enloquecido; pertinaz al regreso
vuelve el mar a la costa, visto desde las nubes
será un ojo de fieltro.
A Dieppe después del alba, como un Guernica al trote
de tierra y de gaviotas llegaba el mar sediento;
encontraba las costas como cuchillos grises
y los ojos azules de viejos marineros.
Le despedí en los muelles a las seis de la tarde,
tenía el mar mis ojos donde acostarse inmenso,
vacío hacia otras costas, desnudo como un parto
parece el mar un náufrago cuando se va del puerto.



ÁNGEL SANTIAGO ESTÉBANEZ

SIGÜENZA

AMANECER. Castilla. Planos malva, ocre, oro...
Amarillo apagado, sombras de suave púrpura en la tierra.
El sol temprano, está bajo la geometría cereal.
Meseta. Senderos de guijarros garabatean por
las lejanas y áridas colinas. Próximo mar del grano.

Un burro en el otero de pizarra brumosa.
Oh, sol naciente, y aire blanco en el celeste pedernal.
Soledad de molino, de moscas y lagartos,
sobre los esponjosos tejados sangrientos. El fulgor del verano
permanece en el tambor del invierno: parda monotonía.

NOTA BIOGRAFICA

Willis Barnstone nació en Lewiston (Maine), en 1927.

Su primer volumen de poesía, *Poems of Exchange,* se publicó en Atenas. *Notes for a Bible* apareció en España en 1952. Recientemente ha publicado un nuevo libro de poemas, *From this White Island* y *Eighty Poems of Antonio Machado,* con introducción de Juan Ramón Jiménez y de John Dos Passos.

"Sigüenza" pertenece al libro *From this White Island* y ha sido elegido para su publicación en esta Revista porque a su calidad literaria se une el interés del tema, ese tema español que tanto atrae al poeta y que le lleva a enraizarse en nuestro paisaje, en nuestra gente y hasta en el ritmo de nuestra poesía.

(Traducción: Josefina Rodríguez.)

WILLIS BARNSTONE

SONETO

CUANDO la sombra amenazó con la ley fatal
a aquel viejo Ensueño, deseo y mal de mis vértebras,
afligido por perecer bajo los techos fúnebres,
plegó su ala indudable en mí.

Lujo, oh sala de ébano, donde, para seducir a un rey,
se retuercen en su muerte unas guirnaldas célebres,
no eres sino un orgullo mentido por las tinieblas
a los ojos del solitario deslumbrado por su fe.

Sí, yo sé que a lo lejos de esta noche, la Tierra
lanza con un gran brillo el insólito misterio
bajo los siglos odiosos que la oscurecen.

El espacio igual a sí mismo se acrezca o se niegue,
rueda en este hastío de los fuegos viles por testigos
de que se ha encendido el genio de un astro en fiesta.

(Traducción: Ramón Barce.)

STÉPHANE MALLARMÉ

POEMA

1

NO conozco
las sílabas de tu nombre;
no sé cómo llamarte.
Del fondo de la noche
no sé de dónde vienen
las estrellas;
ellas que, conmigo,
en cada soplo de la vida
te han perdido.

2

Vamos juntos
a buscar el sentido oculto
de las palabras.
Tú cantarás la canción muda
del amor pasado;
yo te enseñaré en mi sueño
la última visión:
una luz de ninguna parte.

3

Ando con prudencia,
muy lentamente,
por la música nueva
del poema.
Puede que grite sin saberlo,
por si acaso me toca
callarme mañana en el sempiterno
murmullo del dolor.

4

No se muere el amor
que parece al viento.
Pronto se marcha llevando nubes
y pájaros,
y vuelve pronto con los olores
de la sierra y la tormenta.
Vuela, amor, vuela lejos de mí,
por los montes y el mar,
para que yo pueda
durante unos minutos
soñar, llorar, acaso vivir.

Yanette Délétang-Tardif es la máxima poetisa francesa de nuestros días. Solamente comparable—en intensidad, aunque más metafísica y profunda—a la Condesa de Noailles, a la que yo admiro profundamente también. Su extraordinario amor a la lengua española la ha llevado a estudiarla y, lo que es más de agradecer, a escribirla. He aquí sus primeros poemas directamente escritos en castellano, que, como homenaje y gratitud a su talento, publica ÁGORA a requirimientos míos. La obra extensa y magnífica, tanto en prosa como en verso, de Y. D. T. , merece ser traducida (cosa en la que confíamos) a nuestro idioma, y ser admirada como merece.—*Carmen Conde.*



YANETTE DÉLÉTANG-TARDIF

MUERTE DEL CABO CHEO LOPEZ

(CUENTO)

PERDÓNEME, don Pedro... Claro que ésta no es manera de presentarme... Pero, le diré... ¿Cómo podría explicarle?... Ha muerto Eusebio López... Ya sé que usted no lo conoce y muy pocos lo conocían... ¿Quién se va a fijar en un hombre que vive entre tablas viejas?... Por eso no fuí a traer los ladrillos... Éramos amigos, ¿me entiende?

Yo estaba pasando en el camión y me crucé con Pancho Torres. Él me gritó: "¡Ha muerto Cheo López!" Entonces enderezo para la casa de Cheo y ahí me encuentro con la mujer, llorando, como es natural; el hijito, de dos años, junto a la madre, y a Cheo López tendido entre cuatro velas... Comenzaba a oler a muerto Cheo López, y eso me hizo recordar más, eso me hizo pensar más en Cheo López. Entonces me fuí a comprar dos botellas de ron, para ayudar con algo, y también porque necesitaba beber.

¡Ese olor! Usted comprende, don Pedro... Lo olíamos allá, en el Pacífico... Es el olor de los muertos, los boricuas, los japoneses... Los muertos son lo mismo... Sólo que como nosotros, allá, íbamos avanzando... a nuestro heridos y muertos los recogían, y encontrábamos muertos japoneses de días, pudriéndose... Ahora Cheo López comenzaba a oler así... Con los ojos fijos miraba Cheo López. No sé por qué no se los habían cerrado bien... Miraba con una raya de brillo, muerta... Se veía que en su frente ya no había pensamiento. Así miraban allá en el Pacífico... Todos lo mismo...

Y yo me he puesto a beber el ron, durante un buen rato, y han llegado tres o cuatro al velorio... Entonces su mujer ha contado... Que Cheo estaba tranquilo, sentado, como si nada le pasara, y de repente algo se le ha roto adentro, aquí en la cabeza... Y se ha caído... Eso fué un derrame en el cerebro, dijeron... Yo no he querido saber más, y me puse a beber duro. Yo estaba pensando, recordando. Porque es cosa de pensar... La muerte se ríe.

Luego vine a buscar a mi mujer para llevarla al velorio y creí que debía pasar a explicarle a usted, don Pedro... Yo no volví con los ladrillos por eso. Mañana será...

Ahora que si usted quiere ir al velorio, entrada por salida aunque sea... Usted era capitán, ¿no es eso? Y no se acuerda de Cheo López... Pero si usted viene, a hacerle nada más que un saludo, yo le diré: "Es un capitán"...

¿Quién se va a acordar de Cheo López? No recibió ninguna medalla,

aunque merecía... Nunca fué herido, que, de ser así, le habrían dado algo que ponerse en el pecho... Pero qué importa eso... ¡Salvarse! Le digo que la muerte se ríe...

Yo fuí herido tres veces, pero no de cuidado. Las balas pasaban zumbando, pasaban aullando, tronaban como truenos, y nunca tocaron a Cheo López... Una vez, me acuerdo, él iba delante, con bayoneta calada y ramas en el casco... Siempre iba adelante el cabo Cheo López... Cuando viene una ráfaga de ametralladora, el casco le sonó como una campana y se cayó... Todos nos tendimos y corría la sangre entre nosotros... No sabíamos quién estaba vivo y quién muerto... Al rato, el cabo Cheo López comenzó a arrastrarse, tiró una granada y el nido de ametralladoras voló allá lejos... Entonces hizo una señal con el brazo y seguimos avanzando... Los que pudimos, claro... Muchos se quedaron allí en el suelo... Algunos se quejaban... Otros estaban ya callados...

Habíamos peleado día y medio y comenzamos a encontrar muertos viejos... ¡El olor, ese olor del muerto!... Igual que ahora ha comenzado a oler Cheo López.

Allá en el Pacífico yo me decía: "Quien sabe, de valiente que es, la muerte lo respeta." Es un decir de soldados. Pero ahora, viendo la forma en que cayó, como alcanzado por una bala que estaba suspendida en el aire, o en sus venas, o en sus sesos, creo que la muerte nos acompaña siempre. Está a nuestro lado, y cuando pensamos que va a llegar, se ríe... Y ella dice: "Espera." Por eso el aguacero de balas lo respetó. Parecía que no iba a morir nunca Cheo López.

Pero ya está entre cuatro velas, muerto... Es como si lo oliera desde aquí... ¿No será que yo tengo en la cabeza el olor de la muerte? ¿No huele así el mundo?...

Vamos, don Pedro, acompáñeme al velorio... Cheo era pobre y no hay casi gente... Vamos, capitán... Hágale siquiera un saludo...



CIRO ALEGRÍA

CANCION

I

QUIEN no estuviere en presencia,
no tenga fe en confianza,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

II

Quien quisiere ser amado,
trabaje por ser presente,
que cuan presto fuere ausente,
tan presto será olvidado:
y pierda toda esperanza
quien no estuviere en presencia,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

CANCION

I

CON dolorido cuidado,
desgrado, pena y dolor,
parto yo, triste amador,
de amores desamparado,
de amores, que no de amor.

II

Y el corazón, enemigo
de lo que mi vida quiere,
ni halla vida ni muere
ni queda ni va conmigo;
sin ventura, desdichado,
sin consuelo, sin favor,
parto yo, triste amador,
de amores desamparado,
de amores, que no de amor.

HACE BUEN CORAZON

HACE buen corazón, el mar en calma,
la arena amarillea, la gaviota
chillando por las rocas solitarias;
la garza picotea
por el musgo, el cementerio aquel
y la salina, blancas
paredes, muros
tan altos, nubes blancas todas
al sur, todas en vuelo; pasan bajos
los guirres tardos, pasan
bajo la claridad que amanecía.

Hace buen corazón, hace buen viento,
velas trepando el aire, velas
tendidas por el oleaje.

Hace buen corazón, es claro
el tiempo, puedo
entender los signos por la arena,
puedo encender mis ojos todavía,
tengo la sangre a vela, la alegría.

Nubes abandonando el cielo, yendo
por los atajos altos, tienen
que abandonar sus sillerías.

El mar en calma,
la arena amarillea,
alguien entra en el aire la alegría,
espanta las gaviotas, chillan, vuelan;
todas dándole vueltas en la orilla.

MANUEL PADORNO

MORIR ES NECESARIO

NO se limita todo a levantarnos
a golpe de palabra
y silenciar el mirto.

Morir es hacer hombres;
terminar lo que somos,
juramentados muertos,

completar nuestro modo de ser vivos.
Ocupar nuestro espacio
en la cal de la piedra,

en la raíz y el polvo...
Ser silencio del suelo,
palabra que fue dicha.

Pero morir; morirnos
a la hechura del hombre
cuyo lugar y vértigo habitamos.

PEDRO RODRÍGUEZ PACHECO

ELEGIA DEL REGRESO

ESTE sentirnos solos, como niños
que no encuentran la mano donde asirse...!

El vacilante paso y la tragedia
que ronda tras la esquina del crepúsculo.

Este ir como ciegos, golpeando
las puertas que se cierran sin palabras.

Llorar lágrimas viejas que resbalan
el duro corazón que hay en los hombres.

¿Adónde ir...? Caminos sin ribazos
para echarse a dormir sobre la hierba.

La amargura, cansada, se resiste
como la res que va hacia el matadero.

¡Regresar a la infancia...! Una experiencia
nueva, en la vieja forma de ser hombres.

Tratar de huir de lo que no se puede,
con las branquias sedientas, como peces.

¿Y Dios...? ¿Dónde está Dios, al que rezábamos
entonces de rodillas y entre asombros...?

¿Dónde está con sus blancas vestiduras,
con su sonrisa triste, con sus manos sangrantes,
como si El fuera uno también como nosotros,
salpicados de barro sus pies, como dos pétalos...?

—Entre la nube antigua del incienso, y la nube
hecha de sangre y lágrimas que estrenamos ahora,
cuántos siglos rodaron a la cueva del tiempo...—.

. . . . . .
¡Oh, este juego imposible...! ¡Desandar
los pasos otra vez, volver al punto
de la infancia, camino del regreso...!

Borrar la sal que abrasa la mejilla,
encaramarse al árbol del pasado,
morder la fruta con los dientes jóvenes
y correr dando gritos por el alma...

¡Y regresar, como regresa el hijo
al pródigo regazo que no existe...!

—Me reclino en la esquina del recuerdo
como un mendigo al que no escucha nadie...—.
. . . . . .

(Poema laureado con Medalla de Oro en el Certamen Poético convocado por el Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos, de Nueva York, con motivo de la Festividad de la Raza. Octubre de 1961.)



ANTONIO GARCÍA COPADO

LA SUBASTA...

EL valle del deseo empieza
en una farola y termina en otra.

La noche era hermosa para soñar.

Y todos caminaban en silencio,
con sus sueños, perseguidos
por la sombra.

La mujer de la noche clara,
tosía veneno, llenando las calles
de polvo.

—Libre; tengo libertad de murciélago...

La noche era hermosa para llorar.

—No sé por qué lo hago;
si no beso por dinero,
¿por qué beso?

El hombre se convirtió en farola,
aflojó los calzones y con su carne
de nubes calentó el aire.

La noche era hermosa para pensar.

—¿Por qué busca a esta vieja,
si no la deseo?...

La playa se inundó de perfume humano
y en la arenisca de las pirámides,
lloraban los crisantemos.

De farola a farola,
caminaban los demás,
ocultando su rostro
en la oscuridad.

Todos buscaban el silencio de la carne,
tragándose el dolor que produce escucharse.

La noche era hermosa para matar.

La carne no podía estarse quieta,
saltaba en la noche, llenándonos
de risas y besos.

Cumplíamos en el valle del deseo,
nuestra pobre misión de vivir.

La noche se cubría de nudos
y la carne de alfileres...

La noche era hermosa para morir.

LUIS CUESTA VILLANUEVA

DIMELO TU

DÍMELO tú. ¿Por dónde
es posible volver a la alegría?
Dímelo tú, que el tiempo pasa
destruyéndolo todo. Dímelo ahora
que abril llueve esperanza, y los trigales
crecen hacia la espiga
prieta de rubio grano y pan futuro.

Dímelo tú, no esperes
a que pasen los días
quemando con su sol antiguo y triste
nuestras vidas por nada y para nada.

Dímelo tú o alárgame tu mano
y llévame en silencio,
con los ojos vendados de ternura,
a donde las auroras no anochecen
y las alondras cantan
entre las dulces brisas del amor más constante.

Dímelo tú, llévame tú
que solamente tú puedes hacerlo.

JUAN CERVERA-SANCHÍS

Telón de Agora

LAS CRIADAS. MI QUERIDO EMBUSTERO.

Dido, Pequeño Teatro de Madrid, ha estrenado en el Goya la obra de Jean Genet, hasta ahora desconocido en nuestros escenarios, LAS CRIADAS.

Lo que más me ha interesado de la obra, que es importante, es ver cómo, en el teatro, puede ser mucho más terrible el símbolo que la realidad. Genet se propone obtener, sencillamente, "que los personajes sean nada más que la metáfora de lo que representan." Pero los personajes de Genet, las dos criadas sobre todo, representan demasiadas cosas: toda una gama de insatisfacciones, de las más vitales a las más superfluas. Hay en estas muchachas, *Claire* y *Solange*, insatisfacciones a cuenta de la injusticia y otras de lujo, iguales éstas, aunque, por causas inversas, a las de la señora. Si tuviera que dar, brevemente, idea de esta obra diría: símbolo a presión. Obra densísima, riquísima, en un solo, largo acto, roza, a veces—y debe hacerlo—, lo reiterativo; porque casi toda ella expresa la mente vindicativa, obsesionada y obsesionante, de las dos criadas. El clima cerrado, de asfixia—semejante al de LOS PADRES TERRIBLES, de Cocteau, del que se dice seguidor Genet—, crea en el espectador sano—no en el deformado, que espera el menor resquicio para reír—un poso denso de amargura. El procedimiento de Genet es muy eficaz. Porque, además, y esto continúa siendo sorprendente para nosotros, el autor puede eludir graves responsabilidades, escaparse a última hora y liberar a la acción de cuanto ha sugerido dándolo de otra forma: con visos de irrealidad poética, liberadora y, no obstante, amarguísima. Ya lo dije antes: más amarga que la realidad.

Eulalia Soldevila hizo—contra lo que siempre ha hecho—un papel de perfil trágico y lo creó diabólica, magistralmente. María Paz Ballesteros, que actuó, en general, bien, debe corregir el apresuramiento en algunas frases y, a veces, cierto seseo a que le obligó seguramente el cansancio en un papel largo y sin tregua. Esmeralda Adam tuvo una intervención matizada y felicísima. A punto, aunque discutibles, los efectos escénicos. Discreta la dirección de Álvaro Guadaño.

Fernando Fernán-Gómez, actor que lee y escribe, actor inteligente de los que honran su profesión, ha tenido gusto y acierto en dirigir e interpretar, en el Reina Victoria, MI QUERIDO EMBUSTERO, de Jerome Kiltry,

obra basada en el epistolario entre la actriz Patrick Campbell y George Bernard Shaw.

Jerome Kiltry ha conseguido una obra muy interesante con rara simplicidad. Shaw, a la izquierda de la escena, lee en voz alta—o deletrea mientras escribe—la carta que acaba de escribir a Patrick. Ésta, a la derecha, hace lo mismo con la respuesta. La contestación, a veces, se hace esperar mucho tiempo y no es, literalmente, una respuesta a nada, sino un monólogo. Pocas veces, el dramaturgo y la actriz coinciden en el centro de la escena dialogando entonces directamente. Esto es todo. Que nada sería sin el apasionante interés humano, revelador, de la correspondencia y sin la amplia gama de matices interpretativos, casi imperceptibles, de los actores. Kiltry ha seguido, en general, un orden cronológico y graduó el interés eligiendo las cartas y alterando levemente, con sabiduría, ese orden. Todo en MI QUERIDO EMBUSTERO son hilos sutiles llevados con maestría a buen fin. ¡Qué magnífica escena la del ensayo del llanto con vocales en "Pigmalión"! ¡Qué carta fantástica la que Shaw escribe cuando muere su madre! Jerome Kiltry, claro, ha contado con la colaboración inestimable de Bernard Shaw.

Hay que estrenar estas obras. El público sabrá de una vez lo que es acción verdadera: la que va por dentro. Se irá olvidando, o les dará su justo valor, de las entradas y salidas, de la acumulación de sucesos, las carantoñas, las carreras, los trucos vacíos del mero oficio. La acción es, simplemente, lo que pasa. Aunque sea sólo el tiempo, actuando en unas relaciones humanas, en unos caracteres.

Fernando Fernán-Gómez representó a cuerpo limpio, sin más caracterización que la imprescindible de la barba, pasando, sólo con arte, de los cuarenta y tres años a los noventa y cuatro. Dirigió la obra con finura. Conchita Montes, suelta y discreta en la primera parte; excelente en la segunda: ajustada en todo, elegíaca. El sencillo decorado de Viudes, muy sugestivo.

MEDARDO FRAILE.

Crítica de libros

GERARDO DIEGO, OFRENDA Y GRACIA

Tres libros de Gerardo Diego ocupan hoy mi atención. El primero, *Tántalo* (Madrid, Ágora, 1960), es propiamente un libro de traducciones; *Sonetos a Violante* ("La Muestra", Sevilla, 1962), una plaqueta de versos al cuidado de Rafael Laffón; y *Mi Santander, mi cuna, mi palabra* (Santander, 1961), constituye un monumental conjunto de poemas referentes a tierra y hombres de la Montaña, obra magna, con versos éditos e inéditos.

En *Tántalo,* Gerardo Diego se pasea por la poesía europea, y escoge, sin un orden preconcebido, un mazo de poemas; la mención de los poetas traducidos hará ver el normal escrúpulo selectivo con que el maestro Gerardo ha realizado su trabajo: Petrarca, C. M. Rébora, C. Sbarbaro, Valery, Claudel, Rilke, Archer M. Huntington, Gottfried Benn, Eugenio de Castro, F. Pessoa, Virginia Victorino, Fernanda de Castro, Carlos Queiroz, Rosalía de Castro, Verdaguer, Josep Carner, Josep Janes.

Indudablemente, la calidad varía entre los poetas incluídos. De Huntington a Rilke, por ejemplo, va una atroz distancia. Pero Gerardo Diego no se ha propuesto lograr una antología de superpoetas, sino una superantología de poetas. ¿Ha conseguido su propósito? Sin pretender sentar cátedra, he acudido a los originales más de una vez, y puedo, desde mis gustos, hablar conscientemente. Hay traducciones impecables, extraordinarias. En particular, dos poemas han sido *bordados,* como se suele decir: el soneto CXXIII de Petrarca y el "Hermafrodita", de Eugenio de Castro. Gerardo Diego supera la posible rigidez de la traducción, engrasa la maquinaria del verso y consigue dos portentosas obras de arte. Todas las traducciones están tocadas de una mano de poeta, y eso es lo mejor que se me ocurre expresar de *Tántalo.* La heterogeneidad de los poetas reunidos se disuelve en la sensibilidad del poeta Gerardo Diego, que imprime su firma, su lacre de finura.

Los treinta "Sonetos a Violante"—esta Violante creación enamorada del poeta—reinciden en una tradicional intención de tantos poetas: el

deseo de *fabricar* una criatura a imagen y semejanza de la ternura del artista. Pero Violante no es solamente un sueño, sino también una realidad:

¿Y ahora resulta que las musas aman,
que las musas amáis, que sois mujeres,
que ya me estás queriendo, que me quieres,
que no quieres volver donde te llaman?

El oficio—estupendo oficio—de Diego sale y sobresale a cada instante en estos soneto, de los que yo escogería sobre todos los titulados "Camino de Santiago", "Habla Apolo", "Azul en rosa", "Disuelta en lluvia", "Manos en el piano", "Voy a decirte adiós".

El libro *Mi Santander, mi cuna, mi palabra* ha reunido toda la producción del poeta, referida de cualquier modo a Santander: la tierra, el mar, las personas, los juegos... Geografía e historia, lo solar en lo doméstico, recuerdo y presencia, vida y muerte, todo adquiere en la pluma del poeta valor de permanencia y testamento. Gerardo Diego se revela a aletazos de ternura en el poema proemial:

Amigos que conmigo crecisteis, compartisteis maestros.
Apadrinad vosotros este libro. Sus cantos son vuestros.
Mucho canté. Mis hijos del sueño son ya prole, son muchos.
Más que los de la carne. Y aún quieren que los lleve a cuchos.
De mis hijos con alas es éste el que más quiero. Bautismo.
Acercaos a la cuna. Mirad bien en sus ojos. Yo mismo.

La confesión de un hombre resplandece en este variado libro, donde una penumbra de infancia nos aprieta la memoria, nos hace ocupar el sitio del poeta. Muertos familiares o amigos, paisajes, acontecimientos cotidianos, brotan y nos empapan de su salado amor. La parte V del libro *La novela de una tienda,* es un ejemplo de poesía diaria, narrativa, con todos los minúsculos detalles de la faena del vivir puestos de relieve.

Y, además, la gracia sobre la ofrenda. Porque Gerardo Diego ha regalado a sus amigos, a su tierra, un mazo de gentilezas, pero adornándolas de claridad de la mejor gracia. Humor que es ternura, ironía que se resume en corazón comunicado. He aquí una décima, "La vara en el metro", donde Diego sonríe—con qué donada sonrisa—desde su hoy:

No saques la vara. Para.
El alcalde exige el metro
y le dice "vade retro"
a la castellana vara.
Mas, válgame Santa Clara,
si la aldeana sólo entiende
de varas y cuartas, prende
el lienzo a la villanesca,
aplícalo hasta la muesca
y un dedo más, rasga y vende.

A modo de impresiones o fotografías, el poeta ha recordado su vida en función de su origen, y ha querido, en un álbum extenso, dejar constancia de su amor a los suyos, a lo suyo. La fidelidad es una de las maneras de eterna poesía.

MANUEL MANTERO.

Moscoso Dávila, Isabel: *Yo soy mi libertad*. Casa de la Cultura Ecuariana. Quito, 1956.

Con motivo de sus *Elegías y canciones* (Lírica Hispana, núm. 211), apunté que Isabel Moscoso poseía talento y formación, pero también cierta vaguedad expresiva que hacía confusos sus poemas. *Yo soy mi libertad* acusa también estas características.

La primera parte de este libro está dedicada a comentarios sobre el problema de la libertad en Sartre. Pero como los comentarios, aunque interesantes, son precipitados y muy personales, el lector no concluye exactamente qué es lo que se pretende con ellos. A mi juicio, creo que tratan de demostrar la existencia de una libertad personal—simbolizada en el Orestes de *Las moscas*—, y una libertad ligada con el compromiso del hombre respecto a la sociedad—simbolizada en Hugo, de *Manos sucias*. Pero que la libertad rebota el "ello", levantando misteriosas e interminables consecuencias; que la realización de "el acto" (criminal en ambos casos), no libera a los protagonistas, sino que los atrapa con más fuerza en la trampa colectiva.

Según la interpretación de Isabel Moscoso, Orestes era "incontaminado y puro"; Hugo, un intelectual "que nunca tuvo hambre". El primero está situado entre una "muchedumbre sonámbula y desprovista de su sentido de *responsabilidad individual*" y que él era libre porque era puro; el segundo tiene que defender a gentes hostiles que no le comprenden y "venían a hacerle pagar por el padre y el abuelo y todos los de su familia que comieron a costa de su hambre"; él "ha luchado, se ha humillado, les dijo que les amaba, pero no hay nada que hacer /.../ es un intelectual".

No acierto a comprender la tesis de estos comentarios, pero creo que en el fondo se trata, por un lado, de la justificación de la propia existencia; por otro, del desprestigio de la moral burguesa entre los propios burgueses. A esta última se la toma siempre en sentido peyorativo y no en el realmente poco practicado de moral humana, sin adherencias sociales o políticas.

Estos comentarios sirven de prólogos a un grupo de nueve poemas que arrojan, sobre todo para el primero de ellos, la siguiente posición: la del ser humano que se disuelve en brumas que le impiden *situarse* dentro del Universo y *conocer*.

Como podemos ver, es una actitud híbrida entre la filosofía y la poesía, que traen, como es natural, consecuencias semejantes en el aspecto léxico y estrictamente poético. Sin embargo, los poemas que siguen son de mejor calidad y claridad, y de temas bastante concretos, hasta tal punto que parecen contradecir la tesis antes expuesta. Leemos versos como:

> Te espero en la tibieza del atardecer...
> Estamos juntos bajo la noche encendida...
> Deshojé mis rosas en tu altar...
> Llevo en el seno temblor de alas...

Finalmente, la muerte de un niño. Y aunque en estos poemas se trata de volver a lo abstracto, la realidad es el deseo de intelectualizar un dolor concreto: la muerte de un hijo.

Es, pues, un libro interesante, bien hecho, pero algo confuso, de tesis titubeante. En realidad no se sale del deseo burgués de intelectualizar, de idealizar, problemas. Sin embargo, comprendiendo la existencia de un deseo humano de justificación, diría que la buena intención no en todos casos puede salvar a un ser humano; pero, como Jubachof, el intelectual—otro intelectual—, de *El cero y el infinito,* me atrevería a añadir que frente a la Historia hay que vivir un poco a crédito.

AMADO, ELVIRA: *Preñez.* Buenos Aires, 1961.

Lo característico de estos poemas es su unidad de voz y de forma. Los siete podrían ser uno solo. Realizado en verso creacionista, las imágenes se suceden velozmente, encadenadas unas veces, sueltas otras, dinámicas, visuales. Pero es difícil encontrar el pensamiento, la presencia de la razón; una idea que comprender y en la que descanse la imaginación fatigada por la velocidad de las imágenes.

JULIA UCEDA.

RAFAEL PALMA: *Diálogo a una voz.* "Rocamador". Palencia, 1961.

He aquí una poética de sutiles costillares imaginativos, "ilesa fatalmente": *Diálogo a una voz.* Y a un poeta en vela y superándose: Rafael Palma. Sirviéndome de la expresión juanramoniana certificaría en este tercer libro suyo una "honda emanación", un fino estambre intelectualizado, advertibles en sesgos administrativos de religiosidad.

Diálogo a una voz establece la ontológica dimensión de una vida. Reseñando su libro anterior, *Sombra minúscula,* consideré que lo que pudo ser desgarro se sustraía en lamento. En este último aún quedan algunas hectáreas de emoción para confinar con el desgarro.

Rafael Palma persigue algo; algo que, sin ser concreto, no llega a lo inconcreto; desdeña el verso fácil, el pasturaje verbal, por un molde de apoyaturas e insuflaciones conceptuales. En este diálogo a una voz, ¿quién le facilita ese complemento sensitivo que otra voz le niega? Su propia esperanza, tal vez. Cuando pregunta: "¿En qué esquina de barro encontraré sus huellas?", es que el poeta indaga, moviliza diligencias para toparse con algo no perdido del todo. Si interroga: "¿A qué plazuela acudirás y estaré solo?", es que confía en que lo perdido—su presunta pérdida—acuda, regrese, posibilite su hallazgo.

Libro de fundadas apotemas religiosas y escrupulosos asideros humanos.

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ: *Gutiérrez Albelo y la actual poesía canaria.* Tenerife, 1960.

Estudio intenso, revelador, el que porta—y aporta—este volumen. La empresa que se impuso Juan Barceló Jiménez—profesor de la Universidad de Murcia—merecía la atención. He aquí la cosecha. A punto de ser considerada, recogida.

No aplaudo el término de "poesía canaria". La Poesía, tan en mayúscula, no se refugia en localizaciones topográficas. La Poesía no es "canaria", ni "andaluza", ni "gallega": es totalidad, desmedido universo. Puede hablarse, claro, de poetas canarios, andaluces o gallegos, pero, ¡ojo!, sin insistencia, para que no llegue a constituir un dictado de provincianismo o medianía.

Cierto que los poetas canarios—y otros también—alicortan las posibilidades de difusión de sus libros. Ultimamente, se viene acusando un leve imperativo de desaislamiento que Juan Barceló registra—aunque precipitadamente—en el primer apartado de esta obra.

Reconoce Barceló—y asimismo nosotros—que habiéndose ocupado bastante la crítica nacional de la producción de Gutiérrez Albelo, "por razones inexplicables, el autor es poco conocido en los medios peninsulares". Y añade: "En el mismo caso se encuentran varios poetas canarios, injustamente olvidados o reducidos a su ámbito local. El bagaje de nombres insulares en la historia de la literatura se reduce a Tomás Morales, como el más genuíno seguidor de Rubén y unas notas—o simplemente cita—de Alonso Quesada, más bien con tintes noventayochistas."

Obra ésta de remontadas conjeturas, de fáculas testimoniales, sostenidas por un espíritu revitalizador encarnado en limpia prosa.

EDUARDO DE LA RICA: *Tiempo universal.* Cuenca, 1961.

Ambicioso título. Universales temas que el poeta repasa y, alguna que otra vez, traspasa con útiles aciformes de fortuna. ¿Qué entiende Eduardo de la Rica por "tiempo universal"? ¿Tiempo de siempre? Presumo que tiempo de todos, compartido, participado, ancestral, responsable, cosmológico; acusador antes que aprobativo. El tiempo, en épocas muy distantes, inspiró fábulas, apologías, pero, de todas maneras, no dejó de ser un peligroso juguete. Hoy, por continuar siendo un postulado de coexistencia, es algo más subjetivo. Hay filósofos que clasifican al tiempo, después de la relatividad, como una dimensión: la cuarta. ¿Qué opina de esto Eduardo de la Rica? Su libro me hace creer en la basificación realista del poeta, en su permanencia provisora. El no persigue vibraciones de superficie, sino instalaciones genéricas, potabilidades colectivas; analiza en la medida que actualiza.

A Eduardo de la Rica le quedan otros naipes por exponer, nuevos problemas por confesar, más sólidos compases cosmogónicos...

FELIPE NERI: *Otras tierras.* Oviedo, 1961.

Otras tierras es de ese género de libros de versos que abrimos con expectación de epifanía; quiero decir, sin haber parlamentado antes con la voz de su autor. Dicho de otra manera, lo empecé como el que alquila una habitación cuyas condiciones de hospedaje desconoce. Y también bajo el recelo de que algún guijarrillo se colara en nuestra sandalia.

Desde el primer verso—"Mi alegría comienza con el sábado"—al último—"...que descubres la vida"—se han ido enunciando, pasivamente, las parcialidades de un universo concepcional, monocorde, radicoso y algo ecléctico. No dudo del entrañamiento de verdad que condiciona su contenido. Nunca apelaría—ni como crítico ni, mucho menos, como poeta—a vacilaciones de esta especie, porque, como teorizó nuestro gran don Miguel bilbaíno, "en la lírica no se miente nunca, aunque uno se proponga en ella mentir". Que las cosas vayan reconociéndose, rigiéndose, por este orden hasta otro momento.

Felipe Neri es un poeta impregnado—vertebrado—de operancias realistas en zonas medias; un poeta de corte y aclimatación vigentes, que sabe que en el banco de la poesía (que no se convierta el banco en tenderete) ya no es posible tomar intrusamente asiento "sin ser visto ni oído". Nadie viaja sin su pasaporte. Y el horizonte...

OSCAR ECHEVERRI MEJÍA: *Mar de fondo.* Manizales, 1961.

Con *Mar de fondo,* Oscar Echeverri remonta la media docena de libros publicados. En efecto, el mar es como una escenografía, como un bastidor donde progresan esos sueños que transitan por las olas, pero que no regresan por las algas...

El poeta ha zarpado sin navío, hundiendo los músculos en la resaca. Sabe lo que se juega, pero también lo que no se pierde. ¿Libro con unidad? No del todo. ¿Horizontes? A la medida de su capacidad creadora.

La agrupación tercera (poemas al Alcázar de Segovia, la "ciudad encantada" de Cuenca, la catedral de León, Avila de los Caballeros...) me trae a la memoria unas palabras escritas de Julia Uceda, a propósito de los componentes del grupo "Garcilaso": "El hombre trató de evadirse de su realidad a través de todas las cuerdas y de todos los temas que no bordeasen el enfrentamiento con la realidad. Los principales fueron el amoroso y el arquitectónico. Aparecieron sonetos a los arquitrabes, frisos, cornisas y claustros de muchos monasterios españoles, como si el poeta, mirando aquellas maravillas, quisiera hacerse el distraído. Sonetos muy bien hechos, pero a la piedra, no al hombre."

Libro digno, plástico, ileso, en líneas generales. Las citas que presiden sus cuatro partes nos vacunan con tensiones de humanidad.

FÉLIX CASANOVA DE AYALA: *Otoño mío.* "Alrededor de la mesa". Bilbao, 1962.

Una docena de sonetos, de impecable manufactura, se recogen aquí. Se siguen componiendo sonetos. Eso prueba que nuestros quijotes del momento atienden, de cuando en cuando, a sus gigantes. Lástima que apunten tan capacitados y ágiles sonetistas que luego se echan a dormir poco menos que a pierna suelta. Lo digo por Joaquín Fernández, estupendo arquitecto del soneto, a mi juicio.

Félix Casanova de Ayala es un poeta que se hunde en el *otoño* de sus sonetos sin plomo en los pies, intentando agenciarse una vibración privativa. Cosa difícil. El soneto de complexión más total es el cifrado con el VIII, hondamente representativo por su clima sereno, acomodado, tensivo, que no instituye otras pausas que las obliteraciones de la coma o, a lo sumo, el punto y coma.

Hermoso resplandor estructural en este sano mediodía de doce sonetos en punto.

DIEGO SÁNCHEZ DEL REAL: *Tierra abierta.* Jaén, 1959.

Diego Sánchez del Real cuida de autoprologarse antes de que demos comienzo a la lectura de sus versos. Confiesa que su "poema brota por sí, sencillo, salvaje si se quiere". Desde luego, brota por sí, pero su sencillez se convierte en prosaísmo, en vómitos antiestéticos. Nadie le niega, por el contrario, el contenido unitario, intencional, a *Tierra abierta,* pero la belleza poemática se rechaza y, lo que es peor, se adocena en expresiones de jipijapa. El autor de este libro no ignorará aquel dictamen juanramoniano de que "quien escribe como se habla irá más lejos en lo porvenir que quien escribe como se escribe"; dictamen de escasas aplicaciones. Si Sánchez del Real lo conoce, se lo ha debido tomar tan excesivamente en serio como para blasonarlo de divisa.

Tierra abierta, repito, presenta una excelente uniformidad y claridad temáticas, pero las composiciones—"imágenes" las califica y enumera el poeta—desmayan en una carestía de acentos tónicos sometidos a un caciquismo anecdótico, simple:

> La iglesia, en la misma calle
> y con los mismos santos
> y con la misma Virgen
> en un nuevo camerín que le han construído.

Hay versos que no lo acaban de ser. Tales como: "El hombre se aturde en discusiones". O "El comentario de cualquier revista insulsa". Pobreza de adjetivación y tintes burgueses, como en la "Imagen VI". Los tres versos primeros del segundo poema de este libro han podido convertirse, sin menoscabo de intensidad, en tres magníficos endecasílabos mediante una sencilla manipulación de vocablos. El que dice: "La tierra

pide de nosotros amor", ¿no mejoraría diciendo: "Amor pide la tierra de nosotros"?

Etcétera, etc.

ISIDRO CONDE: *Galicia en los poetas no gallegos*. El Ferrol del Caudillo, 1961.

Isidro Conde recoge en un pulcro cuadernillo una conferencia pronunciada meses atrás en El Ferrol del Caudillo. Para el que la escuchó en su momento debe representar un acceso halagüeño a la minuciosidad, para el que no—y señalo por mí mismo—, un manual, prieto, objetivo, de inspreccionamientos ensayísticos.

Para sus anotaciones bibliográficas, Isidro Conde se ha servido de textos de autores contemporáneos, la mayoría publicados en estos últimos tiempos, lo que le infunde un carácter tan de nuestros días al contenido que, al restarle gravedad, lo despoja de antecedentes históricos.

Conde examina e incorpora contrastes, reconociendo desde un principio la dificultad que supone "para el no gallego compenetrarse con Galicia". Los poetas de otras tierras—formula—"cuanto más cercanos a nosotros interpretan mejor nuestra verdad geográfica". Sí, creo que sí, pero sin generalizar, ya que, impuestas en ese orden las cosas, también a otras regiones de España—Andalucía, por ejemplo—las descubrimos abordadas por lacias superficialidades que, al atentar contra el exorno, desfiguran la visión.

GRACIANO PERAITA GONZÁLEZ: *La soledad cuadrada*. Burgos, 1961.

Aunque el título nos extrañe, este libro no es un tratado geométrico. El poeta parece perseguir lo que en lenguaje figurado entendemos por cuadratura del círculo y por perogrullada, que hace mucho tiempo dejaron de impresionarnos. ¿Será Graciano Peraita lírico egotista? Lo interrogo porque en algunos versos suyos se desprende que duda de la sinceridad de "los poetas de este tiempo" y de sus altas pretensiones. Confiesa con toda tranquilidad: "...pero nada / sincero escriben yo creo".

Libro éste para andar por casa, encender el fuego y olvidarse de abrir la chimenea.

"URIEL": *Poesía sacerdotal contemporánea*. Logroño.

Antología con veintidós poetas (número de dos conjuntos balompédicos). Una pareja de nombres andaluces únicamente, para no enojar por

exceso. Poemas de casi todos los tamaños y colores, accesos y retrocesos, de posible afinidad con mentalidades primarias.

JOAQUÍN CARO ROMERO.

PASCUAL VENEGAS FILARDO: *La niña del Japón*. "Medio Siglo". Caracas, 1961.

Libro de trazo—ejecución—modernista, orillado en estribaciones rubenianas. El poeta se vincula a una inflamada naturaleza de sortilegios, asimilando atmósferas y paisajes con suntuario acento. Las ornamentaciones de expresión armonizan subordinaciones morfológicas que se suman fervientemente a lo temporal, no a lo temporero.

La niña del Japón es un colapso de embriagueces que Venegas Filardo ha desposeído de prosaísmos y endulzado de solazadas crepitaciones subjetivas, de persistencias etnológicas.

Para calificar, calibrar y situar esta obra nada mejor que humedecernos los labios con el endecasílabo aliterado de Rubén: "Sentimental, sensible, sensitiva."

JOAQUÍN CARO.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

EN TIERRA EXTRAÑA, *Lilí Álvarez.*
POESÍAS COMPLETAS 1944-62, *José Hierro.*
LA PREHISTORIA DE ANTONIO MACHADO, *Aurora de Albornoz.*
DONDE VIVO Y DONDE MUERO, *Federico S. Escribano.*
AMIGO IMAGINARIO, *Justo Guedeja Marrón.*
APUNTES Y APROXIMACIONES, *Pedro Díaz Seijas.* Caracas.
MÁLAGA, *Carlos R. Spiteri,* 2.ª ed., ampliada.
PALABRAS EN EL VACÍO, *Antonio Burgos,* ed. "Alcaraván".
POEMAS PARA ALCANZAR UN SEGUNDO, *Aurora de Albornoz.* "Adonais".
EL TRANSEÚNTE, *Joaquín Caro Romero.* Sevilla.
CANCIONES DESDE LA BARCA, *Concha Lagos,* ed. Nacional.
LA LÁMPARA COMÚN, *Mantero,* "Adonais".
EL SEGLARISMO Y SU INTEGRIDAD, *Lilí Álvarez.*
EL PÁJARO ROJO, *Carlos Fernández de Castro.*
TEMPORAL, *Hugo Zambelli.* Santiago de Chile.
MI SANTANDER, MI CUNA, MI PALABRA, *Gerardo Diego,* ed. Diputación Provincial. Santander.
ELEGÍAS APASIONADAS, *José Albi,* ed. "Rocamador". Palencia.
BÚSQUEDA, *Nancy Hermida Suárez Muñoz.* Santiago del Estero. Chile.
UNIDAD DE LLANTO, *Adolfo Gustavo Pérez,* "Alrededor de la mesa". Bilbao, 1962.
EL RINOCERONTE, *Eugène Ionesco,* ed. Losada. Buenos Aires.
HISTORIA DE UNA ESCALERA; LA TEJEDORA DE SUEÑOS; IRENE O EL TESORO; UN SOÑADOR PARA UN PUEBLO, *Antonio Buero Vallejo,* ed. Losada, Buenos Aires.
LAS GRANDES HORAS, *Graciela Saralegui.* Montevideo, 1961.
SU VOZ LE DOY A LA NOCHE, *Carmen Conde,* ed. Castilla, 1962.
MIGUEL DE UNAMUNO, *Friedrich Schürz.* München, 1962.
CÓMO LLEGAR A LOS CAMPESINOS POR MEDIO DE LA EDUCACIÓN, *Gabriel Anzola Gómez.* Bogotá.
DETRÁS DEL GRITO, *Yverna Codina,* ed. Losada. Buenos Aires, 1961.

REVISTAS:

PUNTA EUROPA, núms. 74, 75, 76, 77. ESTUDIOS AMERICANOS, 107. NUESTRO TIEMPO, 96, 97, 98. PAPELES DE SON ARMADANS, tomo XXV, número 73. ÍNDICE, Madrid, 160 al 162. COURRIER DU CENTRE INTERNATIONAL D'ETUDES POETIQUES, núm. 39. POESÍA ESPAÑOLA, Madrid, 113-115, julio 1962. ÍNDICE LITERARIO DE "EL UNIVERSAL", junio, julio y agosto 1962. Caracas. LITERATUR REVUE, abril-agosto 1962. Würzburg (Alemania). MUJERES DEL MUNDO ENTERO, núms. 5, 6. 1962. VÉRTICE, Lisboa, núm. 222. POEMAS, núm. 1. Zaragoza. ÍNDICE CULTURAL ESPAÑOL, números 198-199. TORRE TAVIRA, Cádiz. ALMENA, núm. 2. Salamanca. O COMBOIO RONCEIRO, Lisboa. ÍNSULA, Madrid, núms. 187, 188, 189. CARACOLA, Málaga, núms. 113 al 118. REVISTA DE LA I.T., julio-agosto 1962. TOLVA, Pliegos poéticos, Madrid. GÁNIGO, núm. 41. Isla Tenerife. AUSONIA, revista de literatura y arte, Siena (Italia). LÍRICA HISPANA, números 228 al 231. Caracas. ESTUDIOS AMERICANOS, núms. 105-108, Sevilla. SHELL, junio 1962, Caracas. VANGUARDIA, núm. 1. Nueva York. LLANURA, número 4, julio 1962, Alcalá de Henares. LA GACETA DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, abril 1962, México. SETENTRIAO, núms. 2, 3. Villa Real, Portugal. BOLETIN DE LA ACADEMIA PORTUGUESA DE EX-LIBRIS, núm. 21. Lisboa.


ÁGORA